

# Piel y alma de las novelas

Juan Cruz

En algún momento los escritores sienten la pulsión de contar qué leyeron, qué les impulsó a seguir leyendo, qué les hizo levantarse del sitio donde escriben para proclamar que han leído. Lean *Geografía de la novela*, de Carlos Fuentes; lean *La verdad de las mentiras*, de Mario Vargas Llosa; lean *Pura alegría*, de Antonio Muñoz Molina. Creadores que, enfrentados a la materia de sus sueños, encuentran que el sueño se prolonga en los libros de los otros. Y, sobre todo, en las novelas. Esos tres libros constituyen un espejo de la piel y de los cuerpos, casi siempre, de grandes narraciones antiguas o contemporáneas que forman parte de un sueño colectivo, el sueño de las novelas.

Estos libros, a los que habría que añadir una resma inmensa de otros libros y de libros debidos a la pluma de escritores extranjeros, se complementarían en los últimos decenios con otra colección magnífica, la de las entrevistas de la revista literaria *The Paris Review*, que ha visitado con una profesionalidad ejemplar a algunos de los escritores más importantes del siglo XX, esta vez para explicar en qué consiste su taller de sueños y su taller literalmente hablando.

Es una indagación perpetua. Qué hay en los libros, qué hay en sus autores, cómo han sido leídos los libros, qué han dejado en la piel y en el alma. A esa lista que se incrementará siempre que un autor quiera dejar constancia de su asombro se ha sumado ahora en España (y para todo el mundo), el crítico y académico (y director de la Academia española de la Lengua) Víctor García de la Concha. Claro, es más frecuente, y casi natural, que los críticos se ocupen de los libros, de las novelas o de otros volúmenes; es su oficio. Pero es cierto que De la Concha, que está a punto de concluir una exitosa carrera al frente de aquella sólida institución, había dejado a un lado su empeño profesoral de contarle a los

alumnos, que en algún momento somos todos, qué le parecieron los libros que leyó.

Pues Víctor García de la Concha se ha rescatado a sí mismo para esa tarea, y cuando comenzó el otoño español nos presentó en el Círculo de Bellas Artes de Madrid una gavilla de lecturas que ha recogido en un volumen editado por Alfaguara bajo el título *Cinco novelas en clave simbólica*. El acto no era sólo un bautismo, al menos para este lector, sino, en sí mismo, un símbolo de todo lo que antecede en esta primera crónica de *Geografías y espejos*, serie en la que pretendo reflejar el latido americano en la vida española, o viceversa. De la Concha juntó, como si quisiera crear en la propia esencia de la presentación un símbolo de lo que quería decir, a dos de los autores representados con sus novelas en ese libro; autores que, además, son los creadores que un día decidieron escribir esos dos libros tan hermosos, *Pura alegría* (Muñoz Molina) y *La verdad de las mentiras* (Vargas Llosa).

De la Concha seleccionó de ambos, para resaltar su simbología, *Sefarad* y *La casa verde*, respectivamente, y los dos mostraron su contento por estar junto a Gabriel García Márquez (*Cien años de soledad*), Camilo José Cela (*Madera de boj*) y Juan Benet (*Volverás a Región*). Cuatro de esos novelistas son faulknerianos, dijo De la Concha; Cela no lo es, o por lo menos nunca dijo que lo fuera, y todas esas novelas, incluso *Madera de boj*, tienen la voluntad de apresar el mundo como en un suspiro; como dijo Vargas Llosa, esas novelas, y sobre todo la suya, son herederas (como los libros de Juan Carlos Onetti) de «esa prosa tumultuosa, neblinosa» que dominan las creaciones del maestro norteamericano. Pero todas las novelas analizadas por Víctor responden a sus pulsiones específicas, y son por tanto mundos propios. *Sefarad*, contó Víctor delante de su autor, es «un ajuste de cuentas con la gran noche de Europa»; Mario Vargas Llosa, dijo también Víctor, nació desde la poesía para crear mundos que, como en *La casa verde*, son simbólicos, hasta el color verde es simbólico, como es símbolo todo en Góngora, el gran poeta del escritor peruano. Y habló Víctor de sus otras elecciones: comenzó a escribir sobre *Cien años de soledad* para el Congreso de la Lengua del año 2002, que coincidió con un homenaje a los 80 años de Gabo. Y ahí notó que este libro inmenso del maestro colombiano es como un con-

junto de «encíclicas cantadas» que el autor había despojado de toda retórica. A Benet lo *visitó* con las armas del lector asustado ante el empeño del ingeniero, y salió de allí convencido de que el novelista había creado otra realidad para tachar la realidad que veía mientras trabajaba en el Porma leonés. ¿Y Cela? Él, Víctor, se empeñó en que Cela acabara *Madera de boj* después de que obtuviera el Nobel de 1989. Y Cela se encerró en la Costa da Morte, en su soledad marina, y allí terminó esa novela en la que florece el mejor Cela, al menos el más minucioso, el que estruja el texto (decía Víctor) «hasta lograr un estado de ánimo»...

Víctor García de la Concha no es, en persona, o hablando de literatura, el que parece en su actividad académica o protocolaria; es, sin duda, un hombre muy formal, y ese formalismo no es jamás prescindible, porque forma parte de lo que le ha obligado la vida (oficial) a ser. Pusieron en sus manos una tarea ímproba: continuar la labor de Lázaro Carreter al frente de una institución que antes desataba bromas por su carácter de Matusalén de la lengua; ahora esa institución, y desde los tiempos de Lázaro, tiene el sello de la eficacia de Víctor. A ese sello responde ahora la Academia, y ya es muy difícil que nadie le arranque esa impronta: está en la genética de la institución, y ese es un mérito con el que se irá Víctor García de la Concha.

Pero Víctor es *otro*, que diría Borges. Y este otro es el lector. Él dijo, en aquel estrado del Círculo de Bellas Artes, que había llorado leyendo *Sefarad*. Y seguro que en cada uno de esos libros este hombre que en público parece haber vuelto de una gimnasia contraria a cualquier melancolía sintió una pulsión similar a la que tienen los lectores sensibles, los que pasan por los libros para que los libros pasen por ellos. Si hay buenas noticias en la literatura es que regresen lectores así, capaces de hacer constar que leyeron para que otros sigan leyendo. Vean ese libro, es pura alegría, celebración indudable de la verdad de las mentiras. Porque sale uno del libro (como salimos del acto) queriendo leer todas y cada una de esas novelas que De la Concha ha leído «en clave simbólica» ©